

que M. Danó enviara á Bazaine copia de las instrucciones que había recibido del ministro de Negocios Extranjeros, el Marqués de Moustier, aprobándole y mandándole que pusiera en práctica aquella singular Convención. Si era criticable que, para recobrar algunos millones de pesos pertenecientes á súbditos franceses, se habiesen gastado en el asunto más de 120 millones de pesos, ahora se notaba carencia completa de generosidad, al arrancar á Maximiliano los pocos recursos pecuniarios que le quedaban.

La intervención que de los fondos de la aduana de Veracruz quería hacer el ministro Danó, quitaba á Maximiliano los últimos elementos con que pudiera sostenerse. Aseguró Bazaine á Maximiliano, que M. de Maintenant, al intervenir los fondos, obraba conforme á las prescripciones de la misma Convención de 30 de Julio.

Maximiliano no volvió á comunicarse de manera oficial con el cuartel general francés, desde el día en que se le informó á Bazaine que con el Presidente del Consejo debía entenderse solamente. El Sr. Lares quedó autorizado para tratar todos los asuntos interiores y extranjeros, y para dirigirse colectivamente á los tres representantes de la Francia, habiendo comprendido Maximiliano, que debía contar en el porvenir con que se había nulificado la autoridad de Bazaine ante la que representaba el general Castelnau.

El súbito y definitivo cambio en la conducta del Emperador mexicano, causó profundo disgusto entre los jefes franceses que veían destruidos de plano los proyectos de las Tullerías, y las ilusiones que sobre ellos se habían basado; creíase en París, que sería de corta duración la permanencia de Lares en el poder, y que no podía ser más oportuna la misión del general Castelnau, pues consistía ya el gran deseo de Napoleón en que Maximiliano abandonara á México.

Dos de los representantes de la Francia creían que una nota enérgica, en la que no se disimulara la verdad acerca de lo imposible de la empresa que Maximiliano echaba sobre sus hombros, sería suficiente para abrirle los ojos y hacerle renunciar sus designios; pero Bazaine se opuso y persistió en sostener, que con el concurso de la legión extranjera y de los austriacos apoyándose en plazas bien fortificadas, conservaría Maximiliano elementos de duración que le permitirían retirarse más tarde, de una manera honrosa y con toda seguridad; al fin tuvo que sujetarse el general francés al parecer de sus colegas el general Castelnau y Mr. Danó.

El primero de estos había informado ya al Emperador Napoleón, de las resoluciones de Maximiliano. El 7 de Diciembre le participó que la monarquía mexicana, desplegando la bandera clerical, desvanecía toda esperanza de una resolución amistosa y que al lado de esta conducta se presentaba la necesidad de poner término á la situación que tanto comprometía los intereses de la Francia. En la nota que los tres comisarios dirigieron al Sr. Lares el 8 de Diciembre, como el último esfuerzo contra la conducta de Maximiliano, lamentaban profundamente una crisis que habían querido evitar; después de maduro exámen de la situación, lle-

gaban á convencerse de que el gobierno imperial era impotente para sostenerse con sus propios elementos y consideraban un deber hacer esta declaración.

Tras una corta permanencia en Puebla, salió Maximiliano de allí el 14 de Diciembre (1866) á las cinco de la mañana é hizo jornadas cortas á causa de sus enfermedades, y aun proyectó ir á Atlixco á mudar temperamento. Asumió el mando militar y ya había enviado á Miramón al Interior del país, con el mando de uno de los tres cuerpos en que dividió el ejército, dándole por segundo al general D. Severo del Castillo; puso otro cuerpo de ejército al mando del general Leonardo Márquez y el tercero quedaba á cargo del general D. Tomás Mejía. En los momentos en que dictaba estas disposiciones era ocupado S. Luis Potosí por el general republicano Gerónimo Treviño. En su marcha hacia la capital rehusó Maximiliano las recepciones estrepitosas, y ni por un momento apartaba de su mente el pensamiento de reunir el congreso y lograr la fusión de los partidos, trabajo político imposible, no solamente en aquellas anárquicas condiciones del país, sino en todas ocasiones, según lo había acreditado la experiencia. Consideró conveniente derogar algunas contribuciones y disminuir otras; acabó de disolver el cuerpo austro-belga, dejando á los que lo componían en libertad de alistarse en el ejército nacional con grados superiores y firmaba una Convención con Inglaterra para fijar el modo de proceder en las reclamaciones de súbditos británicos.

Fija la atención de Maximiliano en la disyuntiva de consolidar su gobierno por medios enteramente legales, ó hacer que la Nación se diera otro salvando él, en todo caso, su nombre ya comprometido desde que rehusó abandonar el país con las últimas tropas francesas, no percibía que á su cándida política, de pretender unir los partidos, respondían sus ministros por medio del órgano que tenían en la prensa, pidiendo que las cuestiones pendientes fueran resueltas solamente por el sable y los préstamos forzosos; aparecía que solamente á Maximiliano se le ocultaban los grandes obstáculos con que tendría que chocar, si quería sostener, con solo el auxilio del partido conservador, un orden político que evidentemente carecía de consistencia. Permaneció en Puebla esperando la convocatoria que el Consejo había prometido mandarle, para la reunión del Congreso nacional que habría de confirmarle en el trono, ó de variar la forma de gobierno. Disgustado Maximiliano con la tardanza, consultó con algunas personas la causa del retardo, y le contestaron que era irrealizable el pensamiento de tal congreso, y que aun cuando lograra reunirlo no sería la expresión de la voluntad nacional, porque la convocatoria para elecciones no podría circular, ni tener efecto sino en la parte del país que estuviese sujeta al Imperio; en tal concepto, la convocatoria estaría mejor sustituida por comisionados que trataran con los dos partidos beligerantes; pero en este caso era indispensable dirigirse al Sr. Juárez, é invitarlo en nombre de la paz y de los intereses nacionales á esta solución, incluyéndole el proyecto de convocatoria. Si se negaba Juárez no quedaría á Maximiliano más recurso, que expedir un Manifiesto y proseguir la

guerra si así lo creía necesario, ó retirarse al extranjero si juzgaba la guerra sin resultado favorable. No apoyando las circunstancias la anuencia de Juárez, respecto á la idea de reunir el congreso, tanto porque la retirada de los franceses como la protección manifiesta de los norteamericanos le daban alientos de vencedor, sería preciso antes obtener sobre los juaristas algunos triunfos que les hicieran dudar de la supremacía y entrar en conciliaciones.

Resuelto á llevar aun la pesada carga del gobierno, pensaba Maximiliano organizar los diversos ramos de la administración, estableciendo cinco grandes dominios gubernativos; el de Yucatán quedaba al mando del Sr. José Salazar Ibarregui; el general Márquez encargábase de la capital y departamentos de Oriente; el general Méndez de los del Interior; Mejía de las provincias del Noreste y Miramón de las del Noroeste; pero tan solo Mejía y Méndez disponían de cuerpos con fuerza organizada y habituados al mando. Las tropas de la capital seguían á las órdenes de Márquez, y tenía Miramón que levantar las que necesitara.

El tiempo urgía; los juaristas aumentando diariamente se desbordaban por todas partes, y era preciso ponerles un dique que los contuviera; pero en esos momentos todo estaba desorganizado en el Imperio de Maximiliano.

En una carta que dirigió el padre Fischer al coronel Kodolich el 24 de Diciembre de 1866, le encargaba la pronta disolución del cuerpo austro-belga. A la vez se dispuso que el ministro de la guerra se dirigiese á cada uno de los oficiales del Estado Mayor, para saber si querían pasar á servir en el ejército mexicano ó preferían retirarse. Las órdenes de Maximiliano eran terminantes: antes del día 29 de Diciembre todos los oficiales y soldados habían de manifestar su voluntad definitiva, para lo cual el coronel Kodolich se pondría de acuerdo con el ministro de la guerra.

Empeñado Maximiliano en el arreglo del ejército, procuró que se reorganizaran los cazadores. Estos se habían formado con cierta cantidad de soldados y de oficiales franceses, que se enganchaban en el ejército mexicano con autorización del gobierno francés, para que sirvieran de núcleo á la formación de los diez y siete batallones que debían tener un efectivo de cerca de quince mil hombres; á estas tropas habría que añadir diez regimientos de caballería, de los cuales el primero era el de la Emperatriz mandado por el coronel Miguel López. Los extranjeros habían tenido una prima de enganche y prestado juramento de fidelidad al Emperador Maximiliano.

Además de estos batallones medio mexicanos, contaba Maximiliano con algunas tropas puramente europeas, que eran en 15 de Diciembre de 1866, las siguientes: tres compañías de gendarmería, la primera llamada de México, con 280 hombres á las órdenes del joven comandante Tindal; la segunda, de Puebla, con igual número de soldados, al mando del comandante Chenet que algún tiempo estuvo al frente de la contraguerrilla francesa; la tercera compañía que comprendía doscientos hombres, mandada por el comandante Roude, permanecía en Ori-

zaba, y continuaba mandando á toda la gendarmería el teniente coronel Tindal, padre del capitán de la primera compañía. Además, contaba Maximiliano con el regimiento de húsares rojos y hulanos austriacos, en número de setecientos, al mando del coronel Kevenhüller, y el batallón Hammerstein fuerte en ochocientas plazas. El 25 de Diciembre obtuvo autorización del Emperador el general Lamadrid, para formar una compañía de europeos con el nombre de "Granaderos á caballo," que con posterioridad pasaron á los cazadores; el núcleo para formar esta fuerza fué de cien individuos sacados de las compañías de gendarmes de México y Puebla, ya montados y equipados.

Con motivo de la organización de estas fuerzas tuvo Maximiliano frecuentes choques con el Estado Mayor francés, quedando en parte destruidas, no obstante que Maximiliano había empleado todos sus recursos en organizarlas, vendiendo para ello hasta su vajilla de plata. Las legiones belga y austriaca, habían de quedar licenciadas por falta de dinero para los sueldos. Parte de los belgas no habían podido pasar de Monterrey, donde se amotinaron extrañando las dulzuras del hogar y exigieron que se les volviera á Bruselas, petición que se les concedió.

Al terminar el mes de Diciembre (1866) quedaban al Imperio las fuerzas europeas ya indicadas, y aunque tenían completo el número de plazas y parecían sólidamente organizadas, las consideraba insuficientes la opinión pública para luchar contra los republicanos que abundaban en hombres, armas y dinero. Pero el auxilio de los extranjeros que defendían á Maximiliano, le fué quitado con la circular en que Bazaine recordaba la disposición por la cual perdía su calidad de francés todo aquel que hubiese aceptado servir á un gobierno extranjero. Luchó Maximiliano contra estas contrariedades, conociendo que se le quitaban las últimas probabilidades de salvación, y alegó que los soldados enganchados lo habían sido sin consultar á sus gobiernos respectivos, y que eran libres para hacerlo; que aun les faltaban cinco años para cumplir su compromiso y que habían recibido la prima de veinticinco pesos; en cuanto á los oficiales, habían sido autorizados explícitamente por el Mariscal para sostener á Maximiliano.

La mayor parte de las fuerzas que formaban la División Douay, dejaban la capital mexicana en los primeros días de Diciembre, precisamente cuando se anunciaba que Maximiliano estaba próximo á regresar con objeto de concurrir á celebrar la festividad de la Virgen de Guadalupe. Acortándose el término fijado para la definitiva desocupación del territorio mexicano, desocupaba la retaguardia de las fuerzas francesas la ciudad de Lagos el 28 de Diciembre (1866) y se efectuaba desde luego la ocupación de Aguascalientes, Teocaltiche y otras poblaciones inmediatas, por las tropas juaristas. Muchos de los que sirvieron al Imperio se apresuraban á unirse con los republicanos, conducta que fué criticada por D. Florentino Mercado en una carta dirigida al coronel Martínez, en la que le decía: "*que con el pan del Imperio aun en la boca, se presentaban en las filas contrarias para quedar bien; pero no obstante debían ser castigados ejemplarmente.*"